

# JAVIER GARCÍA SÁNCHEZ

DIOS SE HA IDO

Premio Azorín  
de la Diputación Provincial de Alicante  
2003

 Planeta

LIBRO I

---

*En donde se describen cuitas de inicuo jaez  
y también cogitaciones de toda laya de  
un Hombre Normal en busca de  
su duro e incierto  
destino.*

Así se dan los golpes de Estado.

RAYMOND RADIGUET

Cierra los ojos y verás.

JOSEPH JOUBERT

¿Dónde está Dios, aunque no exista?

FERNANDO PESSOA

El amor, a las novelas. El sexo, pagado.

Se trata de poner los elementos necesarios para no estar nunca en la tesitura de causar daño o de que te lo hagan. De no involucrarse.

Ésas deberían ser, si consiguiese llevarlas a cabo, las máximas de mi vida. Una vida llena de rutina y tibios sobresaltos, aunque cada vez más tibios y más espaciados, debo reconocerlo. Una vida seguramente no muy distinta de la tuya, lector, aunque te incomode admitir esa eventualidad o esa certeza, aunque no te guste pensar en ello porque todos nos creemos diferentes, si no destinados a algo grande o al menos especial. Y así hasta que de nuevo irrumpe ella, la vida, siempre traidora, casi siempre decepcionante, para demostrarnos que apenas nada era como imaginábamos.

A menudo pienso, también, que cualquier cosa sería válida con tal de no complicarse emocionalmente y acabar saliendo, una vez más, escaldados. De ahí mi cerril empeño en ser fiel a la incumplida máxima con la que iniciaba el relato. No obstante, mal asunto ese de mezclar los reclamos de la química corporal con los sentimientos o las ideas. Porque si para el amor soy, con bastante probabilidad, como tú, lector, un obstinado sentimental capaz de enamorarse varias veces por semana, y todas irremediablemente, para lo otro, aquello que atañe al cuerpo, llevo encima el fatigoso lastre de un prurito ideológico que me impide dar rienda suelta a lo que considero los más salvajes instintos que, se supone, aún atesoro o padezco. O igual

es que soy, sencillamente, un perfecto hipocondríaco y un redomado cobarde.

El problema es mirarse al espejo. Sobre todo por las mañanas, cuando en teoría uno debe tomar energías para afrontar con dignidad y fuerza el resto de la jornada. El verdadero problema surge cuando ese espejo te devuelve, incluso difuminando la realidad sobre su bruñida superficie de azogue, la imagen que te devuelve y no otra, haciéndote ver ahí a alguien cuya autoestima no está, que digamos, a un nivel rutilantemente alto. Más bien se halla, como si siguiéramos diciendo, instalada en plena Antártida y en una noche de invierno.

A pesar de todo, lucho por salir adelante: soy un fajador, eso nadie lo dude. Sólo que a veces resulta tan costoso, tanto, que únicamente tú, lector, si haces y te ocurre algo similar, podrás entenderlo en toda su magnitud.

Sin ir más lejos, constato que la mañana del día en que, pese a su monótona grisura, todo ha podido cambiar o al menos haberse transformado sustancialmente y en esencia, ha empezado de hecho como tantas otras: la casa huele al pollo frito que cociné hace un montón de horas, impregnando la atmósfera y los objetos con una invisible pátina de agridulce y aceitosa pestilencia que, diríase, ha calado hasta en su más recóndito interior, donde la estructura remotísima de lo inanimado quizás posea una vida que, desde nuestro entendimiento, no estamos capacitados para percibir.

La vida. ¿Cómo reconciliarse con la vida, ya de buena mañana, en el momento de enfrentarse al espejo, aún llenos de legañas, cuando te invade ese penetrante hedor a pollo frito, porque el aceite usado debe de haber cumplido ya sus bodas de plata por lo menos, ese hedor adhiriéndose a las fosas nasales y a la conciencia como una pertinaz, molesta humedad, como un mal recuerdo? He de admitir, para no cercenar de raíz toda esperanza que, después, al llegar la noche y sucederme el episodio del maniquí en el auto de la funeraria, que a su debido tiempo relataré con todo lujo de detalles, pensé que todavía eran posibles los milagros cotidianos, aunque cada vez estén

más caros. Como cuando el *Tete* apareció de pronto en casa, cambiando por completo nuestras vidas. ¿Quién nos iba a decir que un yorkshire-terrier medio enano, prácticamente cachorro, que se presentó como por arte de magia un buen día en nuestro jardín a la loca carrera, iba a ejercer durante más de quince años una sutil pero férrea tiranía, o ya se me dirá cómo llamar si no a una familia entera girando atribulada como una peonza en torno al *Tete*, el puto *Tete*, como yo lo llamaba de forma cariñosa, con sus humores y sus caprichos, para acabar yéndose de improviso otro buen día, es decir, un día funesto, sobre todo para los críos, que se llevaron un disgusto tremendo, irse, digo, tan sorprendentemente como había aparecido, a la loca carrera?

En efecto, se marchó el *Tete* y fue como si Dios se hubiese ido también de nuestras vidas, dejándonos no sólo boquiabiertos y pasmados sino en el más cruel de los desamparos, pues lo cierto es que ya estábamos acostumbrados, o quizás debiera decirse envidiados, a tan absurda esclavitud a costa de aquel moco de perrito peleón.

Gran *Tete*, sí señor, que casi cabía en una mano cuando lo bañabas, todo ojos y hocico, pero que poseía corazón de felino, yo no sé si depredador, pero sí por lo menos con muy malas pulgas. Él era la alegría y la acción. Tras él quedó el puro vacío. Y pasó lo que tenía que pasar: las cosas se precipitaron y yo me quedé solo y descompuesto, en un sentido literal.

Ahora, pese a considerarme no creyente, entiendo que el *Tete* era como debe de ser Dios, si es que existe. La luz de las cosas, su respiración invisible, el latido de los movimientos, el compás de los sueños. Jodido perro, ¡y con lo atravesado que llegué a tenerlo! ¡Cuánto le echo de menos! Sí, teníamos también a *Ursus*, el descomunal y bonachón mastín pirenaico que aún me acompaña a ratos, si es que esa inmensa bola de pelo que dormita aproximadamente veinte horas al día y engulle sin tregua, se arrastra patética y torpemente o se pedorrea como si tal las otras cuatro horas, merece ser llamado «perro», cosa que dudo. Pero no era lo mismo. Ya nunca fue lo mismo que con el

*Tete*, quiero decir, durante el mandato de éste y en los casi cuatro años que compartió casa con *Ursus*, al que por supuesto llevaba por la calle de la amargura.

Pero vuelvo al espejo, y no por fastidiar, que no estoy aquí para eso sino en un sincero afán de centrar los acontecimientos, por enfocarlos correctamente, como si los contemplase a través del objetivo de una cámara fotográfica. La verdad es que ya casi nunca me atrevo a mirar de modo directo ese engendro reproductor de la propia imagen que, burlándose en silencio (ya te avisé que era algo hipocondríaco, lector, pero debo advertirte que también soy un pelín paranoico para ciertas cosas) me da los buenos días (¡ja!), así que tan sólo me resta la opción de decir lo que veo allí, en el espejo.

Veo un tipo con cara de rape, luciendo una jeta cuya expresión oscila entre el estupor y el desagrado. Veo un tipo con ojos de macaco, como esos monos que tienen la mirada imbuida de una suerte de histérico estrabismo y que suelen hacer reír a los visitantes de los zoológicos pese a que ellos se tocan constantemente las pelotas, desarrollando una curiosa amalgama de gestos que fluctúan entre lo obscuro y lo belicoso. El *Tete*, pese a lo canijo que era, ya los soliviantaría lo suyo si los hubiese cogido por banda.

Mi pelo, los pocos pelos que aún conservo, deben de recordar el caparazón de una castaña, y si me lo mojo entonces parece que de la cabeza broten bulbos o inflorescencias del tilo, qué sé yo. No resulta agradable en absoluto. Pero lo peor es lo que no se ve: el cerebro. Yo lo llamo gelatino, así como si fuese un alias, porque con frecuencia se me antoja que tengo ahí, en lugar de cerebro, una masa amorfa, gelatinosa e incapaz de coordinar pensamientos positivos u originales respecto a nada.

Sigo siendo lo que fui: un campeón de ajedrez frustrado al que inspiran pánico la vida y las personas. Pero, en tanto persona de carácter introvertido y, a su pesar, a menudo entusiasmado por los aspectos más sencillos de la vida —y es que como ajedrecista todo lo veo según ese rasero—, debo confesar que me dará cierto apuro verter alusiones referidas al ajedrez du-